



Nombre del Alumno: Jesús Antonio Domínguez Escandón

Nombre del tema:

Parcial: 4

Nombre de la Materia:

Nombre del profesor:

Nombre de la Licenciatura: arquitectura

Cuatrimestre: 2°

El legado porfiriano en la Ciudad de México: modernidad para unos pocos

Durante el Porfiriato (1876–1911), la Ciudad de México experimentó una transformación radical impulsada por el ideal de modernización que Porfirio Díaz promovía como símbolo de progreso nacional. Inspirado en modelos europeos —especialmente franceses—, el gobierno porfiriano se empeñó en convertir a la capital en una metrópoli ordenada, elegante y moderna. Esta modernización, sin embargo, no fue homogénea ni incluyente: se construyó para una élite privilegiada mientras se ocultaban o desplazaban las realidades de las clases populares. Los cambios visibles que aún perduran en la ciudad son, por lo tanto, testimonio tanto del avance técnico y estético como de una profunda desigualdad social.

Uno de los mayores símbolos del porfiriato en la Ciudad de México es el **Paseo de la Reforma**, proyectado originalmente como Paseo de la Emperatriz bajo el Segundo Imperio, pero profundamente intervenido durante el porfiriato. A lo largo de esta gran avenida se instalaron monumentos alegóricos al progreso, como el **Ángel de la Independencia** (inaugurado en 1910), así como edificios de inspiración francesa, palacetes y jardines diseñados al estilo europeo. En paralelo, se desarrollaron colonias como la **Roma** y la **Condesa**, concebidas para la clase alta y decoradas con elementos del art nouveau y art déco, dando forma a un nuevo rostro para la capital.

La arquitectura porfiriana también se manifestó en edificios públicos como el **Palacio de Correos**, el **Palacio de Bellas Artes** (cuya construcción comenzó en 1904) y el **Hospital de Jesús**, remodelado en ese periodo. Estas edificaciones se caracterizaron por un eclecticismo que combinaba influencias neoclásicas, neogóticas y art nouveau. Esta estética transmitía una imagen de nación civilizada y moderna, conectada con Europa, y buscaba borrar las huellas del pasado colonial o indígena. Sin embargo, esa modernización no fue necesariamente funcional para toda la población, ni reflejaba la realidad económica del país: muchos de estos edificios eran símbolos de poder y prestigio más que herramientas de desarrollo social.

La visión de ciudad impulsada por Díaz estaba claramente pensada **para una élite**, una clase media en ascenso y los inversionistas extranjeros que encontraban en México un campo fértil para sus negocios. Las zonas intervenidas eran pocas, pero lujosas, y contrastaban con los barrios populares —como Tepito o La Merced— que no recibieron la misma atención y carecían de servicios básicos. La desigualdad urbana se hizo más evidente: mientras en el centro se instalaban tranvías eléctricos y alumbrado público, en la periferia la pobreza seguía siendo la norma. La ciudad se modernizaba para exhibirse, pero no necesariamente para servir a todos sus habitantes.